

Margit Frenk

Noventa años

Gonzalo Celorio

Gonzalo Celorio dibuja un retrato literario de Margit Frenk, gran estudiosa de la lírica popular mexicana y académica rigurosa y concentrada que ha llegado a las nueve décadas de vida. El autor de El metal y la escoria hace una revisión en primera persona que lo lleva a rememorar las confluencias con Frenk en instituciones como El Colegio de México y la Academia Mexicana de la Lengua.

Voz dulce, modulada a través de los años en la práctica del canto, que fluye de una sonrisa asidua; ojos claros, como los que invocó Gutierre de Cetina en su célebre madrigal, y serenos también, sí, pero siempre alertas, siempre interrogantes y algunas veces, pocas, indignados y hasta enfurecidos.

El timbre y la mirada fue lo primero que percibí de Margit Frenk cuando la conocí hace casi cincuenta años en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México, sito entonces en el cuarto piso del edificio número 125 de la calle de Guanajuato en la colonia Roma de la ciudad de México, que años más tarde habría de devastar el terremoto de 1985. Yo había entrado a trabajar en esa selectiva y prestigiosa institución como *picapedrero*, que tal era el nombre con el que Juan M. Lope Blanch designaba a quienes ocupábamos el estamento más bajo del escalafón académico, jóvenes ayudantes de investigación que hacíamos fichas bibliográficas, sacábamos libros de la biblioteca por encargo y muchas veces cumplíamos funciones secretariales: mecanografiar una carta, redactar un oficio, contestar el teléfono y hasta servir, ¿por qué no?, una taza de café a alguno de nuestros mayores.

Margit entonces dirigía los trabajos del *Cancionero Folklórico de México* en una de las dos salas de juntas con que contaba el Centro, la que estaba a mano derecha según se salía del elevador. La veo rodeada de sus colaboradoras, sólo mujeres —por lo menos en mi recuerdo—, volcadas todas reverencialmente sobre unos ficheros sagrados, dispuestos en el centro de la mesa, en los que se iban atesorando las miles de estrofas de las canciones recogidas en todas las regiones del país a lo largo de los años. Cada copla estaba ataviada, en su ficha respectiva, con la indumentaria filológica del caso: la fuente, el lugar de procedencia, la fecha de recolección, el nombre del autor (cuando no era anónimo, como en la inmensa mayoría de los casos) y, sobre todo, sus variantes, que podían ser muy numerosas. Puedo imaginarme la complejidad para determinar los criterios de clasificación de esos materiales volátiles: si por su título o por sus primeros versos o por el nombre de su autor, cuando lo había; si por su procedencia o por su cronología; si por su estructura métrica o estrófica o por su temática —coplas del amor feliz, coplas del amor contrariado, coplas del desamor— o por todos ellos imbricados, cuando todavía no se contaba con el auxilio de



Paciencia Ontañón, Juan M. Lope Blanch, Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, José Pascual Buxó, Antonio Alatorre y Margit Frenk, 1958

las computadoras y era por tanto punto menos que imposible relacionar unas categorías con otras y establecer referencias cruzadas, como al final se puede hacer, milagrosamente, al consultar la obra publicada. El *Cancionero* fue un trabajo hecho a mano. Y observa un rigor y un cuidado que yo entonces sólo había conocido en las ediciones de Clásicos Castellanos que publicaba la editorial Espasa Calpe, en las que descubrí que una nota al pie de página no necesariamente era, según lo decía quejosamente el poeta cubano Eliseo Diego, como una llamada telefónica en la noche de bodas, sino la explicación pertinente que iluminaba el texto, que lo desentrañaba, que lo ponía en contexto. ¡Qué maravilla tener al alcance de la mano —mejor de la vista y muchas veces también del recuerdo de la música, de la tonadita— ese corpus portentoso de nuestra expresión lírica popular, tan respetuosamente tratada en él, tan sabiamente estudiada, tan amorosamente atendida! ¡Cómo no alegrarse y tomarle prestada a Margit su sonrisa ante las más de sesenta versiones distintas del *Cielito lindo* —la más mexicana de nuestras canciones populares, la más futbolera también, que se refiere, sin embargo, a la Sierra Morena que se alza entre la Meseta Castellana y Andalucía, de donde vienen bajando unos mexicanísimos ojitos negros!

Una obra de semejante envergadura no se hizo obviamente de la noche a la mañana. Se había iniciado años atrás y, cuando yo conocí a Margit y a sus colaboradoras, todavía habría de transcurrir una década entera para que llegara a su fin con la publicación del último tomo de los cinco que la integran. Pero aun así, no sería más que una etapa de una larga carrera dedicada al estudio de la lírica popular hispánica a la que Margit ha consagra-

do su vida, junto con el estudio de la literatura española de los Siglos de Oro, particularmente de *El Quijote*.

Aun antes de acometer el proyecto de este cancionero mexicano, Margit había empezado a configurar, a principios de la década de los cincuenta, el *Corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, que publicó la editorial Castalia de Madrid en 1987, después de treinta y cinco años de trabajo sostenido. Un precioso repositorio de “los poemitas populares y de tipo popular no narrativos, que se cantaban o decían antiguamente en la península ibérica, según se conservaron en varios centenares de fuentes manuscritas e impresas”, como define la propia autora su objeto de estudio. Pero una vez publicada esta obra magna, siguieron apareciendo —profusos, incontenibles, insoslayables— más y más “poemitas”, hasta que Margit se vio precisada a dar a la imprenta, doce años más tarde, un *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica*, que enriquece el anterior con una tercera parte añadida y que fue publicado en 2003, en dos gruesos volúmenes, bajo el triple sello editorial de la UNAM, El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica. Y sigue la mata dando, pues Margit no cesa en su empeño de recopilar las expresiones líricas populares de nuestra lengua y hoy por hoy, a sus noventa años de edad, está por concluir la edición del *Cancionero poético* de Gaspar Fernández, maestro de capilla en Puebla, que contiene, según nos ha informado, más de trescientas canciones.

Si Ramón Menéndez Pidal se preciaba de haber sido la persona en el mundo que más romances había escuchado, me atrevo a asegurar que Margit es la persona que más poemas líricos populares ha conocido, y lo ha hecho con tal placer, con tal entrega, con tal capacidad

de absorción, que no resultan incomprensibles ni gratuitos su sonrisa, su jovialidad y su inmenso patrimonio poético. Da la impresión de que puede pellizcar ese corpus al azar, por cualquier parte, para hacer un estudio sesudo del tema que la suerte le depare, como el que motivó su delicioso discurso de ingreso en la Academia Mexicana en 1993, que tuvo por título *Charlas de pájaros o Las aves en la poesía folklórica mexicana*.

Ahora que hablo de la larga data de las investigaciones de Margit, me viene a la memoria que hace algunos años, cuando la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, entonces dirigida por José Moreno de Alba, me asignó la tarea de editar un boletín informativo mensual que diera cuenta de las actividades que desempeñaba la institución, llegó a mis manos una fotografía tomada en 1958, que publiqué en el número correspondiente a noviembre de 1983. En ella aparecen, sentados alrededor de una mesa de trabajo atiborrada de libros y papeles —y salpicada también de ceniceros y cajetillas de cigarrillos, a la usanza de los tiempos—, Paciencia Ontañón, Juan M. Lope Blanch, Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, José Pascual Buxó, Antonio Alatorre y Margit Frenk. Todos escuchan a Lope, quien lee, con un mohín mordaz, una papeleta cuyo contenido ignoramos, pero que suscita la aquiescencia de Buxó, la placidez de Monterroso y el interés pícaro de Alatorre. Los únicos que ven a la cámara son Mejía Sánchez, con cierto aire ausente, y Margit, que está en la reunión, efectivamente, pero también y al mismo tiempo, está en otra parte, en su propio mundo, por más que parezca que la cámara la distrae. Es como si hubiese proyectado en esa foto —acaso sólo en mi imaginación— la doble condición de su persona y de su quehacer académico: el silencio y la voz, a los que dedica uno de sus libros más bellos y brillantes, titulado precisamente *Entre la voz y el silencio*: por un lado, la lectura sigilosa, el trabajo reflexivo, la escritura solitaria, que tantos frutos le haría cosechar, como los cuarenta y cuatro estudios que componen su libro *Poesía popular hispánica* o los *Cuatro ensayos sobre el Quijote*, y, por otro, sus trabajos colegiados, como coordinadora de grandes proyectos de investigación, tal el ya citado *Cancionero folklórico de México*; como directora del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM; como profesora lo mismo en El Colegio que en la Facultad de Filosofía y Letras —adonde sigue asistiendo miércoles a miércoles a dirigir su seminario—; como directora que fue de la revista *Literatura mexicana* y como directora que es de la *Revista de Literaturas Populares*; como miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y participante de su Comisión de Consultas.

Para mi pena, Margit nunca fue mi maestra en el aula. Yo no hice mis estudios en El Colegio de México

(aunque me haya desempeñado ahí primero como *pícapedrero* y muchos años después como profesor), sino en la Universidad Nacional, y no me dediqué a la literatura española peninsular, sino a la literatura hispanoamericana. Pero fuera del aula vaya que he sido su alumno, acaso sin que ella se haya dado cabal cuenta de su magisterio.

En los primeros años de la década de los setenta, varios investigadores y profesores de El Colegio de México fuimos invitados por la Secretaría de Educación Pública a colaborar en la redacción de los libros de texto gratuitos del área de *Español*. La responsabilidad era grave, y el cumplimiento de la tarea, urgente e implacable. Pasamos noches enteras en el arduo empeño de poner al alcance de la comprensión infantil los conocimientos lingüísticos y literarios básicos, y morigerando hasta donde fuera posible el discurso técnico de los pedagogos. Recuerdo a Antonio Alatorre, impuesto a escribir, como lo hizo, un elogio al libro para los alumnos del sexto grado; a Jorge Ibarguengoitia, que nos entregó un cuento desenfadado —“Los puercos de Nicolás Mangana”— sobre el malogrado hábito del ahorro, y a la propia Margit, que escribió un cuentito delicioso, que se llama “El tren que camina al revés”, en el que le confiere a la imaginación infantil soberanía sobre la realidad. Pero más allá de estos divertimentos, Margit fue capaz de poner en un lenguaje claro y diáfano, como su mirada y su voz, los rudimentos de la lengua y la literatura para hacerlos accesibles a los niños de primaria. Y es que si de algo goza la escritura de Margit, quizá como influjo de la expresión lírica popular en la que ha abrevado, es de claridad y sencillez, aun cuando aplica en sus estudios más sesudos y eruditos los complejos e intrincados saberes de la filología. No sucumbe nunca a los tecnicismos gratuitos ni a la terminología pedante ni al aparato pretencioso. Vaya que hay sabiduría en su discurso. Y conocimiento técnico. Y capacidad crítica. Pero Margit, para decirlo con palabras de Gaston Bachelard, nunca “explica la flor por el fertilizante”. Pues bien, armada de tijeras y *durex*, en tiempos —ya se sabe— preelectrónicos, cortando y pegando, tachando y escribiendo al margen, fue configurando la versión final de esos libros de texto que habrían de publicarse en tiradas millonarias y distribuirse a lo largo y a lo ancho del país. Seguramente no se dio cuenta de su magisterio, pero ella me enseñó en esos tiempos, con los instrumentos más domésticos y rudimentarios, que eran los únicos de los que entonces disponíamos, el difícil arte de la edición textual.

Después de aquellos años de El Colegio de México y de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, me restringí a ver a Margit de manera fortuita en los pasillos de la Facultad, donde con más frecuencia que a ella me encontraba a su madre, de quien Margit heredó la mirada clara y la sonrisa permanente. Trabé



Margit Frenk

amistad con Mariana Frenk-Westheim en los últimos años de su vida, que fueron muchos, cuando ella trabajaba, siempre de buen humor y con entusiasmo quinceañero, tanto en el Colegio de Letras Alemanas de la Facultad como en el Museo Nacional de Arte Moderno. Varias veces fui a cenar a su departamento del emblemático Edificio Basurto, donde acogía a sus invitados con una rara combinación de lujo y sencillez: los manteles bien podrían ser de Brujas; las copas, de Bohemia; la vajilla, de Sèvres, pero lo que prevalecía era una amigabilidad cálida, próxima, *contlapache* —si se me permite un mexicanismo digno de quien fue la traductora de *Pedro Páramo* al alemán—, en una atmósfera en la que sus aforismos, como lo visualizó Carmen Parra, se resolvían en mariposas. Si traigo a colación a Mariana Frenk en este homenaje a Margit no sólo es por el ejemplo de entereza y longevidad que le legó a su hija, sino porque la propia Margit editó y prologó amorosamente las obras de su madre, que el Fondo de Cultura Económica publicó bajo el título misceláneo de *Aforismos, cuentos y otras aventuras*.

Pero volví a encontrarme con Margit, y a partir de entonces de manera constante, hace veinte años, en 1995, cuando fui elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua, donde ella obviamente ya ocupaba su sitio. La presencia asidua de Margit Frenk en la Academia renueva jueves a jueves el espíritu de esa corporación que nació hace 140 años con el doble propósito de mantener la unidad de la lengua española y al mismo tiempo de estudiar y hacer valer las peculiaridades que adopta en nuestro país. Quién mejor que ella para velar por esos propósitos aparentemente disyuntivos y sin em-

bargo complementarios. Porque si de algo sabe Margit —y vaya que sabe— es de la evolución de la lengua española desde la baja Edad Media hasta los Siglos de Oro, y de las modificaciones que sufrió, a partir de finales del siglo xv, en sus travesías trasatlánticas. Y si a algo es sensible —y vaya que es sensible— es a las particularidades propias del español de México frente al español europeo y al español general, sobre todo en lo que se refiere a las variantes de carácter popular, que han sido su principal objeto de estudio a lo largo de la vida.

La Academia Mexicana de la Lengua trabaja de dos maneras distintas: en sesiones plenarias cada quince días, y en comisiones, semanalmente. En cada una de las sesiones plenarias se cumple la saludable práctica de que un académico, por turno, lea un trabajo de su autoría. El mayor privilegio de quienes formamos parte de la corporación es oír cada dos semanas a nuestros colegas, de viva voz, como primicia o como experimentación, la lectura de un texto inédito o en proceso. Las lecturas que Margit ha presentado en la Academia han sido prodigiosas. Recuerdo en particular dos, por fortuna ya publicadas, más allá de las *Memorias de la Academia*, en las diversas recopilaciones de sus estudios. Una de ellas está dedicada a la oposición entre la lectura en público y la lectura en silencio, a la que ya hice referencia páginas atrás, y que fue recogida con el título de “El lector silencioso” en el volumen *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*. En este ensayo, Margit discierne sobre el tránsito que va de la lectura en público, ejecutada para ser escuchada por un determinado auditorio, y la lectura personal, silenciosa, recogida, destinada al provecho propio de quien la ejerce. Borges con-

fesaba su gusto por la tipografía del siglo XVIII. He advertido que en las obras de esa centuria, al final de cada página, fuera de caja, se adelanta la sílaba con la que comienza la página siguiente, supongo que para que el lector no pierda el hilo de la lectura en el cambio de página. ¿Será que todavía en el siglo XVIII la lectura en voz alta era una práctica habitual? La otra comparecencia de Margit en una sesión plenaria que quiero recordar ahora, se refiere a la sentencia tan admirable como irrefutable, “¡Don Quijote murió cuerdo!”, que se decía con signos de admiración, asumiendo acaso aquella idea de Salvador de Madariaga, que advertía en los personajes protagónicos de la novela de Cervantes un doble y recíproco proceso, el de la *quijotización* de Sancho y el de la *sanchificación* de don Quijote. Margit no deja de admirarse del aserto, pero permuta los signos de admiración por los de interrogación, y se pregunta: “Don quijote ¿murió cuerdo?”. No responde a la pregunta que ella misma se formula; o al menos no lo hace de manera tajante y unívoca, pero el solo hecho de plantearla y explicarla a la luz de la narratología moderna, la vuelven afín a Cervantes, que, en opinión de Margit, deja abierta la posibilidad de que su personaje haya recobrado o no la cordura. Margit nos presenta así la imagen de un Cervantes que sonríe, sin enseñar del todo sus pocos dientes molencos, pero sonríe al fin y nos guiña un ojo; un Cervantes que transgrede su propia iconografía tradicional, que se ha empeñado en presentarnos al mayor escritor de nuestra lengua engolado (nunca mejor dicho) y solemne, como predispuesto a presidir las sesiones públicas tanto de la Real Academia Española como de la Academia Mexicana de la Lengua.

Decía que la Academia también sesiona en comisiones. Margit trabaja en la de Consultas, de la que yo también formo parte. En este pequeño cuerpo colegiado, un grupo de académicos nos damos a la tarea de responder a las decenas de consultas que llegan mensualmente a la institución. Contamos para ello con el concurso de tres gramáticas —Norohella Huerta, Axel Hernández y Georgina Barraza Carbajal (además de la editora Martha Bremauntz, que tanto ha trabajado en la edición de la obra de Margit, y de varios asistentes)—, que nos presentan borradores de posibles respuestas a las preguntas que no son de obvia resolución y que merece la pena que discutamos en grupo. Cada uno de nosotros recibe con anticipación estos borradores de respuesta para estudiarlos y comentarlos el día de la sesión. Margit nunca falta a las sesiones. Ahí está siempre. Con su tarea hecha, a pesar de las dificultades que la mácula le ha infligido en la vista. Y dice lo que tiene que decir. A veces el ceño se le frunce, pero no se le empaña la mirada ni se le demuda la sonrisa. Maestra al fin y hasta el fin, quita de las respuestas lo que sobra. O añade lo que falta. Todos aprendemos de ella.

Para terminar estas palabras que ya se han extendido demasiado aunque tan cortas se han quedado, quiero referirme a una práctica que Margit sigue y que la pinta tal cual es. Margit misma, la académica numeraria, la participante asidua y propositiva de la Comisión de Consultas, la conocedora de la lírica popular de lengua española y de la literatura de los Siglos de Oro, la reconocida cervantista, la investigadora emérita de la UNAM, la acreedora a tantos doctorados honoris causa, la recipientaria del Premio Nacional de Ciencias y Artes y del que lleva el nombre de Marcelino Menéndez y Pelayo y la que ha prestado su propio nombre a otro premio que otorga la Asociación Lira Mínima... es, también, nuestra consultante. Sí, con gran modestia, periódicamente nos envía preguntas sobre tal o cual poema del siglo XV o del XVI, que por lo general involucra algún tema de orden religioso, que ella, a pesar de su formación académica, acaso no comprenda bien a bien por su falta de formación cristiana y particularmente católica. ¿Puede haber un mejor ejemplo de espíritu académico —me pregunto— que quien, poseyendo las más altas calificaciones para responder, tenga la humildad de preguntar? **U**

